

Introducción

Darina MARTYKÁNOVÁ
Universidad Autónoma de Madrid

Como bien saben los historiadores, los conflictos bélicos a menudo funcionan como catalizadores del cambio histórico. La Guerra de Crimea (1853-1856) que enfrentó al Imperio otomano, Francia, Gran Bretaña y el reino de Cerdeña-Piamonte con Rusia, supuso la integración definitiva del Imperio otomano en el concierto de las potencias europeas y su entrada en los mercados financieros internacionales. Al mismo tiempo, dio lugar a un flujo importante de europeos de diversas nacionalidades hacia los dominios otomanos, tendencia que continuó una vez acabada la contienda. Si bien es cierto que europeos de todos los orígenes habían viajado y trabajado en las tierras del sultán en las décadas y siglos anteriores, la intensificación de los contactos a partir de la Guerra de Crimea concierne tanto al número de personas, como a la variedad de su perfil social. Soldados y oficiales –incluido el general español Juan Prim–, arquitectos, ingenieros y mecánicos, niñeras y gobernantas, financieros, mineros, músicos, enfermeras y hombres de negocios de origen europeo se encontraron en el Imperio otomano buscando y encontrando oportunidades, hasta asilo político, o enviados por sus gobiernos y compañías.

De forma más gradual, fue creciendo el número de otomanos que viajaron a los países europeos. Los vástagos de las familias cristianas y judías asentadas en las tierras del Sultán habían estudiado en las instituciones europeas –sobre todo en las universidades y seminarios de tierras italianas, pero también en Francia y Austria– desde hacía mucho tiempo, y las diásporas mediterráneas y continentales mantenían contactos más o menos fluidos. A partir de los años 1820 se les unieron también los musulmanes egipcios y otomanos, enviados por los gobiernos o, más adelante, por iniciativa de sus familias. Las autoridades otomanas mandaron numerosas *misiones* de estudiantes, aprendices y expertos a los países europeos para formarse en medicina, artillería, ingeniería o ciencias políticas, pero también en carpintería, mecánica y otros oficios. Durante unos años, el Gobierno imperial hasta financió una escuela preparatoria, *Mekteb-i Osmani*, o *Escuela otomana*, en París para preparar a los pensionados otomanos de distintas comunidades etno-religiosas para los estudios en las instituciones francesas, bajo la supervisión, entre otros, de un sacerdote armenio y un *hoca* musulmán.

En general, a partir de la segunda mitad del siglo XIX aumentaron exponencialmente los contactos directos e íntimos entre personas nacidas en los países europeos, por una parte, y en el Imperio Otomano, por otra. Podía tratarse, por ejemplo, de mentorazgo (un profesor o tutor privado y sus alumnos, las monjas que fueron maestras de niñas otomanas –cristianas, judías y musulmanas– en las escuelas como Notre-Dame de Sion, Saint-Benoît Providence o Saint-Joseph, fundadas en Constantinopla por órdenes católicas) o del servicio doméstico y de la crianza (niñeras austriacas, alemanas y francesas que criaron a los retoños de las familias de las élites musulmanas). Asimismo, se multiplicaron los lazos de amistad (como la que surgió entre el intelectual otomano Ahmed Midhat y la condesa rusa Olga Sergeievna Lebedieva, que usaba el pseudónimo *turcófilo* de Madame Gülnar¹) y los casos de



matrimonios entre hombres y mujeres de procedencia europea y otomana, incluyendo distintos grupos etno-religiosos (como el pintor Osman Hamdi Bey y su esposa francesa Marie Palyart, o el poeta y pacifista armenio Rupen Sevag-Chilingirian, asesinado en 1915, y su mujer alemana Helena Apell²).

La creciente interconexión no se limitó al flujo multidireccional de personas. Circularon también ideas, objetos y capitales, además de prácticas y habilidades (*know-how*). Es más, del contacto mismo surgieron nuevas prácticas, ideas y modas. Las cartas, los relatos de viaje, las novelas y las fotografías alimentaron la imaginación de los públicos europeos y otomanos, además de contribuir a fomentar el conocimiento mutuo. Las mujeres y los hombres otomanos leían novelas francesas en versión original y traducciones de las aventuras de Nat Pinkerton³; los franceses, belgas, italianos o alemanes no solo podrían deleitarse con las elucubraciones románticas sobre las mujeres de Constantinopla escritas por un europeo como Pierre Loti, sino que también tenían la oportunidad de conocer la opinión sobre la situación de las mujeres musulmanas que tenía la escritora otomana Fatma Aliye, ella misma procedente de una familia musulmana de la élite imperial y que publicó su obra *Les musulmanes contemporaines* (1894) en francés, pensando expresamente en los lectores europeos.

Sin embargo, no se puede obviar que esta circulación intensiva estuvo enmarcada en una importante desigualdad simbólica geopolítica y económica, expresada eficazmente en el polifacético discurso orientalista. Esta desigualdad no se derivaba simplemente de la pérdida de poder que sufrió el Imperio otomano a nivel geopolítico, agudizada por la cercanía geográfica por varias potencias en pleno auge y expansión territorial, en ocasiones precisamente a costa del Sultán. La disminución territorial mediante la intervención de las potencias rivales y/o movimientos separatistas, como también la creciente intervención extranjera en los asuntos internos del imperio y la dominación económica, fueron interpretadas en términos que iban más allá de lo coyuntural, como signo del declive del *elemento musulmán* y de la superioridad de las potencias europeas en lo que concernía al *progreso de la civilización moderna*. Estas ideas fueron desarrolladas e interiorizadas por múltiples actores en un diálogo cargado de tensiones, conflictos y jerarquías de poder. Los europeos refinaron las nociones del gobierno colonial y de la tutela paternalista hacia los países emergentes de la desintegración imperial. Los separatistas justificaron sus esfuerzos haciendo referencia no solamente a sus anhelos de libertad frente a la opresión del *yugo turco*, sino también a la inherente incapacidad de los turcos/musulmanes de participar eficazmente en el progreso de la civilización. Por su parte, las élites gobernantes e intelectuales turco-musulmanas acabaron interiorizando la noción de superioridad europea, aunque siempre situándola en un contexto temporal específico y buscando febrilmente las vías más eficaces para regenerar el Imperio y volver a alcanzar la vieja gloria, sin perder su pretendida superioridad moral en el proceso⁴.

1. Carter Vaughn FINDLEY, “An Ottoman Occidentalist in Europe: Ahmed Midhat Meets Madame Gulnar, 1889”, *American Historical Review*, 103 (1, 1998), pp. 15-49.
2. Taner AKÇAM, “The Chilingirian Murder: A Case Study from the 1915 Roundup of Armenian Intellectuals”, *Holocaust and Genocide Studies*, 25 (1, 2011), pp. 127–143.
3. Jitka MALEČKOVÁ, “Ludwig Buchner versus Nat Pinkerton: Turkish Translations from Western Languages, 1880-1914,” *Mediterranean Historical Review*, 9 (1994), pp. 73-99.
4. Una síntesis en castellano de los principales debates historiográficos en los estudios sobre el último siglo de la existencia del Imperio otomano en Darina MARTYKÁNOVÁ, “Las transformaciones del Imperio otomano en el largo siglo XIX: algunos debates historiográficos”, *Ayer*, 102 (2016), pp. 241-256.

Rápidamente, el constitucionalismo se convirtió en una propuesta popular entre los intelectuales otomanos de distintas comunidades etno-religiosas para resolver estos retos y al mismo tiempo gestionar la pluralidad, lingüística, étnica y religiosa, en un contexto radicalmente nuevo, en el que la igualdad de todos los súbditos del sultán estaba a la orden del día. La primera constitución otomana fue promulgada en 1876, para ser derogada en menos de dos años por el sultán Abdühamid II, quien, por su parte, prefirió enfrentarse a los retos de la época remozando la monarquía patrimonial de forma parecida a Rusia y Austria, reforzando y modernizando el aparato administrativo, pero también introduciendo nuevos rituales que fomentaran la lealtad al sultán como su participación en eventos públicos, la distribución de su retrato, la multiplicación de juramentos y de ceremonias de homenaje, etc.⁵ En el contexto de la expansión colonial de las potencias europeas, Abdülhamid experimentó con explotar en la política internacional el potencial que pudiera tener su título de califa, tanteando las posibilidades que ofrecía el panislamismo para fomentar la solidaridad entre los musulmanes de las tierras otomanas y los de las expuestas imperialismo ruso y al colonialismo británico y francés. Parte de la última ola de las revoluciones constitucionalistas –junto con la rusa y la iraní– que antecedieron a la Revolución bolchevique en Rusia (1917), la revolución de los jóvenes turcos en 1908 restauró la constitución de 1876 con la esperanza de garantizar la supervivencia del Imperio redefiniendo el marco de convivencia de las distintas comunidades y creando un espacio de libertad que fomentara la competencia pacífica, la prosperidad y la producción⁶. Sin embargo, el idilio duró poco, amenazado tanto por fuerzas de oposición en el interior y exterior como por las contradicciones internas y las expectativas discordantes de los partidarios del régimen constitucional.

Fue otro conflicto bélico, la Gran Guerra (1914-1918), el que preparó el escenario para el estallido irreparable de la convivencia comunitaria (incluido el genocidio que sufrieron los armenios otomanos), para la desintegración definitiva del Imperio Otomano y para la emergencia de sus cenizas de varios Estados-nación, entre ellos la República de Turquía, en la primera mitad de la década de los 1920. Mientras que algunos retos y debates que habían marcado las últimas décadas de la existencia del Imperio mantuvieron su importancia en este nuevo contexto, la lógica imperial había sido reemplazada por un marco de organización y legitimación del poder radicalmente distinto.

Este dossier aborda algunas de las cuestiones clave que conciernen las últimas décadas de la existencia del Imperio Otomano. Se trata de una obra colectiva decididamente interdisciplinar, tanto en el enfoque de los artículos como en lo que se refiere a la formación de sus autores. Desde campos tan diversos como la historia y la sociología de la ciencia, los estudios literarios y la historia cultural de la técnica, los tres investigadores contribuyen a esclarecer cómo percibían los otomanos su lugar en el mundo contemporáneo y cuáles eran los retos que entendían había que afrontar para garantizar un futuro exitoso para las comunidades imaginadas con las que se identificaron.



5. Selim DERİNGİL, *The Well-Protected Domains, Ideology and the Legitimation of Power in the Ottoman Empire, 1876-1909*, Londres/Nueva York, I. B. Tauris, 1998.

6. Nader SOHRABI, *Revolution and Constitutionalism in the Ottoman Empire and Iran*, Nueva York: Cambridge University Press, 2011; Michelle U. CAMPOS, *Ottoman Brothers. Muslims, Christians, and Jews in Early 20th Century Palestine*, Stanford: Stanford University Press, 2010.

En concreto, el sociólogo Alper Yalçinkaya pone en evidencia que la dicotomía simbólica entre Europa (*Avrupa*) por una parte, y el Imperio otomano u *Oriente*, por otra, era mucho menos nítida de lo que pudiera parecer. Igual que algunos de sus coetáneos europeos, el intelectual otomano Ahmed Midhat (1844-1912) argumentó que la ciencia podía desempeñar un papel clave a la hora de resolver las contradicciones de las sociedades europeas, las discrepancias entre las representaciones dominantes y las realidades vividas. En este sentido, se situó como observador a la vez distante y profundamente implicado en los debates sobre el estado de las sociedades europeas en aquella época. Su participación en el debate no era un mero ejercicio intelectual, ya que las nociones del progreso y de la civilización moderna, a las que Europa pretendía representar a nivel mundial, interpelaban con máxima fuerza y eficacia a los intelectuales otomanos que buscaban cómo insertarse eficazmente en ellas sin perder los rasgos esenciales que –supuestamente– les habían definido desde hacía siglos.

Por su parte, el turcólogo y crítico literario Petr Kučera identifica el cambio del siglo como la *Edad de oro* de la novela otomana, sustentando su diagnóstico en varios argumentos. En primer lugar, fue en esta época cuando, gracias a las contribuciones del movimiento *Servet-i Fünün* (la *Riqueza de las Artes*), la literatura en turco otomano entró en el espacio literario transnacional, la República mundial de Letras en términos de Pascale Casanova. El hecho de que esta comunidad pretendidamente universal fuese decididamente eurocéntrica, con su centro en París, hizo que los escritores otomanos quedaron, en palabras de Kučera “atrapados entre la creatividad y la emulación, entre la independencia artística y la dependencia de las normas estéticas occidentales, entre el ideal y la realidad, entre la vergüenza y la autocomplacencia, entre el Oriente y el Occidente.” Sin embargo, este juego tuvo efectos creativos que permitieron a los literatos discutir el impacto de la occidentalización centrándose en cuestiones estéticas y conflictos psicológicos, más que en los efectos sociales como la generación anterior de los escritores otomanos, la de la Tanzimat, el periodo de las grandes reformas lanzadas por las autoridades otomanas entre 1839 y 1876. De este modo, pudieron contribuir decisivamente a expresar y dotar de dimensiones estéticas la nueva identidad que los intelectuales constantinopolitanos desarrollaron en la época de grandes cambios que marcaron el Imperio Otomano en las últimas dos décadas del siglo XIX y la primera década del siglo XX.

Por último, el historiador de la ciencia y de la técnica Kaan Uçsu ofrece un recorrido por los siglos de historia del uso de los objetos y espacios dedicados a la medición y a la comunicación del tiempo: las cámaras de relojes (*muvakkithane*), unos establecimientos con larga tradición en el mundo musulmán; los relojes en las fachadas de los edificios, y las torres con relojes, que tan populares se hicieron en las ciudades otomanas a finales del siglo XIX y a comienzos del XX. El surgimiento y uso de cada una de estas formas de medir y comunicar el tiempo nos informa de forma elocuente sobre las preocupaciones de cada época y sobre los cambios culturales que se produjeron en el largo siglo XIX. Los otomanos compartieron con los estados musulmanes que les precedieron o que coexistieron con su Imperio, la necesidad de establecer correctamente la hora de los rezos y la búsqueda en la astrología de conocimientos sobre el futuro. A estas preocupaciones se les fueron uniendo otras: la gestión del tiempo en el entrenamiento militar y en la enseñanza, la regulación de la jornada laboral, los horarios de transporte (barcos de vapor y trenes), pero también la regulación más precisa de las actividades de ocio (el comienzo de los espectáculos) y de las relaciones personales (citas). Además de seguir en funcionamiento las cámaras de relojes, en el siglo XIX aparecieron relojes en edificios emblemáticos de la modernidad,

como estaciones de tren, escuelas, hospitales y oficinas de correos. La importancia de comunicar la hora quedó simbólica y físicamente plasmada en el espacio urbano con la proliferación de la torre de reloj, una construcción dedicada expresamente y –a menudo– exclusivamente a este propósito. La financiación de las tres maneras de medir y comunicar el tiempo combinaba prácticas tradicionales, como el mecenazgo de las grandes damas y de los hombres de Estado, con la iniciativa oficial de los gobiernos centrales, provinciales y municipales y de los arquitectos que trabajaron a su servicio. También desempeñaron su papel las instituciones extranjeras, como los colegios fundados y gestionados por los religiosos europeos y americanos, que a menudo instalaron en sus fachadas relojes visibles desde la calle.

La esperanza de nuestro equipo interdisciplinar de cuatro investigadores otomanistas afincados en cuatro países situados en tres continentes es introducir e interpretar los resultados de investigaciones pioneras sobre temas específicos dentro de un marco común de debate sobre el carácter plural de la modernidad. El reconocimiento de tal pluralidad no implica en absoluto pasar por alto las dinámicas y jerarquías de poder simbólico, económico y militar que moldearon las transformaciones que tuvieron lugar en el mundo en un periodo que, por la creciente interconexión de distintas partes del planeta, algunos llegan a denominar la *Primera Era de Globalización* (1880-1914).

